



La primera ministra danesa y su homólogo groenlandés, en una imagen de archivo durante una rueda de prensa. R. SCANPIX / AFP

Groenlandia muestra las vergüenzas de la OTAN

El desafío de Trump con la amenaza de intervenir en la isla revela la falta de maniobra de la Alianza para hacer frente al que es su socio más fuerte

MIGUEL PÉREZ



La simple hipótesis de que Estados Unidos baraje la opción militar contra Dinamarca para ocupar Groenlandia es una paradoja tan grande que ni siquiera la OTAN tiene una respuesta para un conflicto así. Traducido significa que un país atacaría a otro país sobre el que tiene la responsabilidad de defenderlo en caso de que sea atacado. Todo un delirio. Por eso, los aliados europeos, comenzando por la primera ministra danesa, Mette Frederiksen, han dejado claro esta semana que una situación tan laberíntica causaría la implosión inmediata de la Alianza.

Todo es tan extraño e inédito, lo que tampoco es tan sorprendente con Donald Trump por medio, que la OTAN no tiene en su reglamento indicio alguno de qué debería hacer. Ni tampoco un régimen sancionador ante actitudes rebeldes. En su fortaleza de casa de todos para garantizar su seguridad está también su debilidad. No se ha enfrentado en 76

años a un presidente ambicioso que sugiere la disposición a asaltar un país amigo llegada la «necesidad». Lo más parecido en la historia transatlántica puede ser el conflicto que arrastran Turquía y Grecia a cuenta de la división de Chipre en 1974, aunque las tensiones son otras.

La Alianza Atlántica tiene pocos asideros. La membresía, la adhesión a la organización a cambio del compromiso con la seguridad mutua, insta a cuidar la «libertad», la paz y el respeto con los demás socios en situación de igualdad. Pero incluso así no establece qué hacer en caso de guerra entre dos miembros. La inexistencia de mecanismos reglados de expulsión, ni formales ni jurídicos, inutiliza la capacidad de un castigo administrativo: la única manera de que un país deje de pertenecer al grupo es solicitando su propia baja. Para más inri, debe pedírsela al Gobierno estadounidense.

Y luego está el artículo 5, el que obliga a todos los aliados a intervenir si uno de ellos es atacado porque se considera que la agresión es general para todos ellos. Evidentemente, volvemos a la paradoja inicial. Y llegado a ese punto de combatir para ocupar la isla helada, EE UU no acataría el artículo para dispararse en el pie. Es más, si los daneses lo invocaran, tampoco está claro que se fuera a producir una llamada a rebato. Occidente, por suerte, no vive en 1945 ni en la Guerra Fria.

Entre los analistas existe el convencimiento de que en la actualidad la mayoría de los 31 países de la coalición rehuiría un enfrentamiento con EE UU.

La reacción apagada de la Alianza y la Unión Europea ante los desplantes del presidente estadounidense ya señalan el estado de ánimo. Y eso que son solo verbales. El asesor de Trump, Stephen Miller, puede parecer un individuo prepotente, pero el martes tenía toda la razón cuando dijo que «nadie se enfrentaría militarmente a Estados Unidos».

Según los expertos, la OTAN intentaría mediar entre Washington y Copenhague antes de que un solo soldado norteamericano pisara la isla helada. Incluso tras un acto beligerante, lo más probable es que siguiera buscando una negociación porque la previsión de una guerra interna causaría una desertión masiva y dinamitaría la razón de ser de la

La Casa Blanca estudia la compra de la isla de manera «activa»

El secretario de Estado norteamericano, Marco Rubio, se reunirá la próxima semana con los jefes de la diplomacia de Dinamarca y Groenlandia, a petición de estos para explicarle el régimen administrativo de la isla y que «no está en

«cooperación transatlántica». Además, el Pentágono ha invertido algo más de 800.000 millones en sus Fuerzas Armadas en 2025 y este año espera llegar a los 900.000, cifra estratosférica para los demás aliados. Cuenta además con 1,3 millones de militares en activo, pero sobre todo con bases terrestres, navales y aéreas por todo el territorio de la OTAN, incluso con almacenas que guardan misiles con capacidad nuclear. ¿Quién sería capaz de iniciar una guerra con una nación que tiene tan poderosa infiltración de medios militares?

Alarde de poder

Lo peor de todo este desafío que Trump ha planteado a la OTAN radica en su inutilidad. La opción militar que insiste en tener «siempre sobre la mesa» parece más bien un alarde de poder alimentado por la reciente operación militar en Venezuela que una estimación real. Stephen Miller y el secretario de Estado, Marco Rubio, ya han indicado que las armas están descartadas.

Si el inquilino del Despacho Oval quiere ampliar su presencia militar en Groenlandia para aumentar su «seguridad nacional» y la del bloque atlántico, tie-

ne medios para hacerlo sin armar ruido. El presidente puede negociar con el consejo atlántico una mayor presencia de sus fuerzas -que son también de la OTAN-, basándose en la proximidad de Rusia, la competencia técnica de China y la existencia de rutas marítimas necesarias de controlar para asegurar el dominio de los océanos. Sin ir más lejos, EE UU firmó hace tres meses un acuerdo con Finlandia para construir 11 rompehielos.

El Pentágono ya cuenta con una base sobre el terreno. Ha tenido más, pero las cerró y ahora podría revertir ese proceso en virtud de un acuerdo firmado con Dinamarca en 1951 que le autoriza teóricamente a construir nuevas bases e instalaciones en el territorio groenlandés. Uno pocos años antes de aquel pacto, el Departamento de Estado intentó comprar la isla sin éxito por 100 millones de dólares en oro.

¿Quizá Trump prefiera la anexión para tomar el control de los minerales enterrados bajo el hielo, igual que ha comenzado a obtener réditos en forma de petróleo en Venezuela? Puede ser, pero el alto precio a pagar sería inmenso. Si la OTAN se disolviera, Estados Unidos perdería su cuota de protección y posiblemente las bases en Europa y otros puntos geoestratégicos que le sirven de disuasión frente a Rusia y China.

Trump puede intentar la descabellada idea de comprar Groenlandia, empeño en el que ha fallado históricamente, o negociar un acuerdo de libre adhesión o de otro tipo que le permita explotar yacimientos a cambio de seguridad. Lo que parece ya imposible de arreglar es que el desafío ha mostrado las vergüenzas de la Alianza y su fragilidad ante los conflictos internos.

venta». «Nada sobre Groenlandia sin Groenlandia», dijo ayer la ministra de Exteriores, Vivian Motzfeldt, en televisión.

Sin embargo, la secretaria de prensa de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, señaló que Trump estudia «activamente» con su equipo la compra de Groenlandia, un territorio de más de 200.000 kilómetros cuadrados ocupados por menos de 60.000 personas.